

Aspectos Filosóficos de la Armonía de Fe y Razón

Introducción

El tema que voy a tratar hoy, es central para la evangelización de la cultura, la que es objeto de insistentes pedidos del Sumo Pontífice. Fue primero SS Paulo VI en 1975 y luego el actual Papa Juan Pablo II quienes en múltiples ocasiones marcaron la prioridad del trabajo en la evangelización de la cultura.

El propósito de ésta ponencia es buscar la armonía de fe y razón, en la filosofía y la teología, que es donde suelen aparecer conflictos más a menudo y no sólo hoy en el siglo XXI sino que desde siempre pero, sobre todo, desde el inicio del cristianismo ha habido posturas encontradas entre teólogos y filósofos, probablemente por lo absoluto y universal de sus respectivos objetos.

En efecto, ambos géneros de conocimiento versan sobre la sabiduría que es el hábito principal de la vida intelectual del hombre y, a la postre, la forma de toda cultura en el orden contemplativo.

Aspecto filosófico de la armonía entre Fe y razón

Pero en el día de hoy nos hemos de ocupar del aspecto filosófico de la armonía, o bien el conflicto de la fe y la razón. Por eso veremos, en primer lugar, qué entendemos por **filosofía**.

Una anécdota puede ayudarnos a entrar en tema. “Según Cicerón, Pitágoras preguntado por Leonte, Príncipe de Thiasios, sobre cuál era su sabiduría, dijo que ninguna en particular, sino que él era filósofo; y, para indicar qué quería decir con esto, puso una comparación: dijo que a los juegos olímpicos, unos iban por el afán de vencer y adquirir así honor y gloria; otros aprovechaban la ocasión para comerciar; y otros, por fin, no buscaban el aplauso ni el lucro, sino que concurrían para considerar lo que se hacía y de qué modo. Y dijo que así ocurría con el hombre en general. Algunos hombres buscan en este mundo la gloria, otros la ganancia y otros se dedican a contemplar la naturaleza, lo que las cosas son. Y esto era por amor a la sabiduría; esto es, eran como él, filósofos.”¹

De modo que nos quedamos con esta definición etimológica a fin de analizarla y llegar a la definición real, la que nos exprese mejor la naturaleza de la filosofía.

Antes mencioné a la sabiduría como la principal entre las virtudes intelectuales, y como la filosofía es amor a la sabiduría, es preciso examinar atentamente esta noción.

¹ Casaubon J, *Historia de la Filosofía*, Ed. Abeledo-Perrot, Pág. 15. Buenos Aires

La Sabiduría

Es un hábito o virtud o disposición del intelecto que conoce la realidad por altísimas causas, o sea por las primeras razones de todas las cosas.

Es hábito demostrativo, es decir, es ciencia de las primeras razones de las cosas, porque a la ciencia le corresponde demostrar lo que afirma.

La ciencia, es un conocimiento cierto de las cosas por sus causas o razones.

Pero también, la sabiduría es un hábito intuitivo, es decir en el orden de los primeros principios -como el de no contradicción o causalidad- intuye (ve) o tiene evidencia inmediata de la verdad contenida en ellos, así como también discurre o razona sobre los principios y su contenido de verdad. En este sentido la sabiduría es como enseña Aristóteles, ciencia con intelecto.

No obstante, debemos hacer alguna precisión más en este contexto. ¿Qué es conocer? Conocemos cuando tenemos la forma de lo conocido en nuestro intelecto, que es nuestra facultad de conocer, y podemos expresar qué es lo que conocemos, es decir, podemos definirlo. Entonces decimos que conocemos su esencia (lo que la cosa es) o naturaleza. En caso contrario no lo conocemos.

Pero si lo conocemos hemos llegado a la verdad sobre la realidad que estamos viendo. Porque, y aquí viene el segundo concepto importante, la verdad es la identidad o adecuación de nuestro intelecto con la cosa conocida. (*veritas est adaequatio intellectus et rei*).

Todos estos conceptos nos ayudan a entender de qué hablamos cuando tratamos de la ciencia en sentido general. Cuando nos referíamos a la sabiduría, estamos en el orden más extenso y universal de la realidad, con preguntas tales como “¿Qué es el mundo y cuál es su causa u origen? ¿Quién es el hombre, de dónde viene y a dónde va? ¿Quién es Dios?”, etc

El filósofo como en la anécdota de Pitágoras, ama la sabiduría, no necesariamente la tiene, es más, en sentido estricto y absoluto no la termina de poseer nunca mientras vive en este mundo, porque la sabiduría propia y sustancialmente es el Verbo de Dios al que contemplaremos en el Cielo, mientras que la filosofía es un conocimiento natural de este mundo y el filósofo es un itinerante, es de algún modo “*un intelecto peregrino en el mundo*”.

El filósofo no es el erudito, ni está orgulloso de lo mucho que sabe, sino al contrario debe ser humilde porque percibe claramente que ignora mucho más de lo que sabe, pues tiene ante sus ojos el misterio y la luminosidad del ser, y la primera causa del ser es Dios, el *Ipsum Esse subsistens* o sea el mismo Ser Subsistente.

De modo que la búsqueda de la sabiduría por parte del hombre no tiene fin mientras estemos en este mundo.

Pero hay otra cualidad moral del filósofo, la primera como decía Whitehead, (referencia de E. Gilson) *“Para un filósofo la primera cualidad es tener buen carácter”*. *“La mente de un filósofo debe estar en paz”*, enseñaba Santo Tomás y Martín Heidegger decía que la calma es el temple natural de un filósofo.

Es decir, el filósofo no debe nunca enojarse con una idea, es tonto eso. Debe intentar comprenderla aunque sea errónea, para sacar provecho aún del mismo error. Entender el error en tanto que error, para evitar cometerlo y ayudar al que yerra mostrándole la porción de verdad que su error encierra.

En filosofía, una de las peores cosas es refutar petulantemente aquellas proposiciones que no entendemos y que no se acomodan a nuestros gustos o no coinciden con nuestras opiniones. Es poco caritativo y demasiado cómodo, y además perjudica el diálogo franco antes que ayudarlo.

El filósofo es en cierto modo un hombre de dos mundos, el de la contemplación de las cosas universales y el de la acción de la vida cotidiana.

Sin estas cualidades, es muy difícil la vida orientada a la sabiduría, cuando no imposible, pero a todas estas condiciones se le debe agregar la virtud de la búsqueda sin tregua de aquello que ama, búsqueda a lo que lo ayuda otra virtud moral la estudiosidad. De modo que según lo que hemos dicho el filósofo comporta una dimensión moral aparte de la intelectual.

El filósofo ama a la sabiduría, la sabiduría es su novia a la que busca sin ponerle condiciones. No obstante sabe que la búsqueda de la sabiduría es, como dice Tomás, *“Una humildad de búsqueda de la verdad”*, porque él sabía que *“muchas veces la falsedad se mezcla en la investigación racional”*, en parte por *“la debilidad de nuestro entendimiento para discernir”*, y en parte *“por la interferencia de imágenes”*, lo contrario es presuntuoso, que es un vicio que perjudica la vida intelectual, sobre esto opina Santo Tomás: *“Hay algunos que engreídos con la agudeza de su ingenio, creen poder abarcar la naturaleza de todo, y piensan que es verdadero todo lo que ellos ven como verdadero, y falso todo lo que no ven”*.

Pero, ¿qué es la sabiduría? nos preguntamos nuevamente. Según su definición clásica es como dijéramos antes, el conocimiento de los primeros principios y de las primeras causas. Por supuesto, también incluye el conocimiento de muchas otras cosas; pero en la medida en que utiliza su sabiduría, un sabio conoce todo lo demás como incluido en los primeros principios y las primeras causas, o al menos en relación con ellos. Todos tenemos alguna experiencia de lo que esto quiere decir.

Cada vez que nuestra inteligencia logra reemplazar el conocimiento de algún objeto por alguno de sus principios y de sus causas, está en el camino de la sabiduría. De hecho ya ha encontrado la sabiduría al menos parcialmente. De este modo es que todos alcanzamos algunas conclusiones generales que podemos llamar nuestra filosofía.”² Por ejemplo, cuando un médico al encontrar fiebre en un paciente piensa que debe descartar una infección como causa de esa fiebre, está haciendo uso de un principio de la ciencia médica que dice que las infecciones frecuentemente se presentan con fiebre. De ese modo el médico está reemplazando, o más bien explicando, un signo por un principio general de su ciencia, y así en cualquier orden.

El hombre es naturalmente filósofo, nos enseña el Sumo Pontífice en la encíclica *Fides et ratio*. Por supuesto que el Santo Padre se refiere aquí a las condiciones generales para la filosofía y el ámbito sapiencial en que se desenvuelve la existencia de todo hombre. No se trata aquí del filósofo en sentido estricto, que es aquel hombre que dedica toda su vida a la búsqueda de la sabiduría, sino a todo hombre o mujer que tiene por la experiencia de su vida y una cierta dosis de reflexión, una idea general más o menos completa del mundo donde inscribe su existencia.

De modo que junto a nuestros conocimientos necesarios para la actividad propia a la que estamos llamados, los propios de nuestra ocupación diaria, actividad o profesión, tenemos necesariamente aunque la neguemos una filosofía propia que debemos cultivar para vivir mejor..

Así entendido lo que hemos expuesto en cierto modo al describir al filósofo, hemos estado describiendo a todos y cada uno de nosotros. Porque el cristiano en tanto que hombre y en tanto que creyente, se mueve cotidianamente en el ámbito de la filosofía primera, es decir de la metafísica, al menos en sentido amplio desde su cosmovisión personal, así como a la búsqueda del sentido de la existencia que de algún modo todos ejercemos, así como en el ámbito de la Fe en el que no pocos artículos de nuestro Credo tienen una connotación claramente metafísica.

Fe y razón – Naturaleza y Gracia

Ante todo hemos de ver qué entendemos por Fe. ¿Es la simple confianza que presto a un relato que me ofrece un hombre de mi conocimiento, o es algo más? Enseña R. Calderón Bouchet, “Dios hecho hombre y la revelación de Cristo aceptada por la Fe son dos aspectos de un mismo misterio”.³

² Gilson E. *El amor a la sabiduría*, pág. 15, Ed. Otium. Buenos Aires, Argentina 1979

³ Bouchet Calderón R, *Apogeo de la ciudad cristiana*, pág. 22, Biblioteca Dictio, Bs.As, 1978.

La Revelación Divina, afirma Pieper, no consiste en dar a conocer un relato sobre la realidad, sino una participación activa en la realidad misma de Dios, participación por supuesto, que sólo alcanza aquel que cree. La Palabra de Dios es el mismo Dios en su trinitaria realidad. “Recoger en un acto de fe el testimonio de Cristo, es dejarse penetrar por el Verbo Divino, recibir en la propia existencia, la íntima realidad de la Palabra, para participar en la plenitud de su Ser.”

De modo que por la Fe sobrenatural recibimos el mismo Verbo de Dios con su mensaje del Reino. Y Dios mismo desde ese momento comienza a obrar en el alma del creyente, como Dios en su Trinidad.

¿Qué cosas nos enseña la Fe? Nos da un conocimiento completo, aunque misterioso sobre Dios, el mundo y el hombre, el misterio del mal, la creación, la libertad, el pecado, la muerte, en una palabra, el sentido de la existencia. Son casi las mismas cosas que constituyen la materia de estudio en la filosofía: Dios, el mundo y el hombre. Por eso es que ambos tipos de conocimiento entran en conflicto o se armonizan en una síntesis trascendente. Y esa fue siempre la cuestión.

Desde el comienzo de la predicación evangélica por los Apóstoles, la Iglesia busca armonizar estos tipos de doctrinas. El conocimiento natural de la realidad y el conocimiento que aporta la Revelación Divina.

Lo vemos en el Antiguo Testamento en los Libros Sapienciales, cómo coexisten nociones de la filosofía griega con la Revelación, también en el Nuevo Testamento en los Hechos de los Apóstoles. El discurso de San Pablo en el Areópago constituye un ejemplo de utilizar un elemento cultural griego para predicar el Evangelio, lo volvemos a ver en el primer capítulo de la Epístola a los Romanos y en varios lugares más.

En los tiempos cristianos, ya en el siglo II, vemos que los apologistas griegos usan de los filósofos para la inteligencia de la Fe.

Por eso dice E. Wilson, “Los apologistas del siglo II se enfrentaron con la tarea de expresar el universo mental de los cristianos en una lengua concebida para significar el universo griego”⁴.

Para esa época aparecen los gnósticos, movimiento nacido en Oriente que intenta asimilar la Fe cristiana para reemplazarla por un conocimiento racional, a fin de lograr una unión con Dios de carácter puramente racional. Aquí la razón y la naturaleza humana intentaron

⁴ Gilson E, *La Filosofía en la Edad Media*, pág. 34, Ed. Gredos, Madrid, 1958.

suplantar a la Fe y a la Gracia. Esta herejía fue condenada. La actitud cristiana era la opuesta. La razón instrumentalmente usada para escrutar y entender a la Fe respetando el misterio.

A grandes rasgos vemos en San Agustín una lucidez mayor en las relaciones de razón y Fe. Esta relación comporta tres momentos:

- *Primer momento:* se ha de tratar de comprender (con la razón) lo que se debe creer. En este sentido la Fe goza de su propia inteligibilidad, de su propia lógica, que la razón advierte y discierne.
- *Segundo momento:* El acto de Fe por parte del cristiano.
- *Tercer momento:* La inteligencia del contenido de la Fe que nos da un conocimiento más profundo de ella. Este resulta decisivo, porque si no se cree no se comprende a fondo.

De ahí la fórmula de San Agustín “*Ergo intellige ut credas: crede ut intelligas*” (Sermón 43, CVII, N° 9).

Aquí comienzan los temas que de algún modo determinaron toda la filosofía medieval: “*credo ut intelligam* – creo para entender - e “*intelligo ut credam*” – y entiendo para creer. (San Anselmo).

En Santo Tomás encontramos al exponente máximo del pensamiento cristiano, que dará una fórmula de solución a esta armonía que será adoptada para siempre.

El método teológico de Santo Tomás permite lograr una armonía perfecta de la razón y la fe en el seno de su doctrina al concebir a la Teología Sagrada como ciencia rigurosa, cosa que logra aplicando la doctrina aristotélica de los Segundos Analíticos respecto de la subordinación de la ciencia. Hasta Santo Tomás, los teólogos del Siglo XIII (Guillermo de Auxerre, Prepositino y Alejandro de Ales, así como el dominico Rolando de Cremona) plantearon el problema de la teología como ciencia rigurosa pero lo resolvieron negativamente. Existía en ese entonces una brecha por la que discurría la ciencia humana por un lado y la Fe por el otro, y según los autores de la época, uno u otro ámbito del conocimiento, absorbían la substancia del saber opuesto. Para Santo Tomás, el artículo de Fe es el principio conocido con antelación a partir del cual se trabaja y se procede en teología, según todas las leyes y exigencias de la demostración aristotélica. La Fe es un fundamento firme, es una participación a ulteriores conocimientos.

Conocemos las demás cosas que se derivan de la Fe según nuestro modo, discurriendo o razonando de los principios a las conclusiones.⁵

“La Teología según Santo Tomás obtiene el carácter de ciencia en cuanto Santo Tomás aplica la citada teoría aristotélica de la “subordinación” de las ciencias”⁶.

“Mientras algunas ciencias tienen principios inmediatamente evidentes, otras parten de principios probados de otra ciencia superior”⁷ Así como la aritmética y la geometría proceden por principios conocidos y la perspectiva (ciencia subalternada) toma principios demostrados en la geometría (ciencia subalternante), o la música (ciencia subalternada) en los demostrados en la aritmética (ciencia subalternante).

De ese modo la teología es ciencia pues procede de principios conocidos por la luz de otra ciencia superior que es la ciencia de Dios y los bienaventurados (ciencia subalternante). Por consiguiente así como la música acepta los principios que le suministra el aritmético, así también la Doctrina Sagrada cree los principios que Dios le ha revelado”.⁸ Por consiguiente el método de la teología consiste principalmente en recurrir a la fe, es decir, al argumento de “autoridad” de la Revelación Divina que constituye para el creyente el criterio máximo de verdad.⁹

La función de la razón cuando la Teología recurre a la filosofía y a las otras ciencias humanas, es de naturaleza instrumental.¹⁰ Por eso los mismos conceptos filosóficos trascienden una vez incorporados a la teología a los sistemas filosóficos de donde son extraídos, pues han sido elevados a un orden superior (naturaleza, substancia, persona, etc).

En el pensamiento de Santo Tomás, que la Iglesia en este punto asume como propio, a pesar de la naturaleza instrumental que tienen la filosofía y las ciencias respecto de la teología, conservan en sí mismas, en orden a los objetos propios de cada ciencia humana, una autonomía y consistencia ciertas, que les permiten un desarrollo autónomo en su propio ámbito sin ninguna interferencia. Si no fuera así, las ciencias serían conocimientos endeble e ineficaces que en nada ayudarían a la vida intelectual del hombre ni, por consiguiente, a la misma Teología Sagrada en cuanto a ciencia de Dios conocida por los hombres.

⁵ In Boeth.de Trin.,q.2,a. 2;ed.B. Decker, 87,19;cfr.ad 4 y ad. 5 “*Ut sic ipsa quae fide tenemus, sint nobis quaei prima principia in hac scientia, et alia sint quasi conclusiones*” “...*Venimus in cognitionem aliorum secundum modum nostrum scilicet discurrendum de principiis ad conclusiones*” (Ibíd.)

⁶ Fabro C, *Introducción al Tomismo*, pág. 70 Ed. RIALP SA, Madrid-Méjico-Buenos Aires-Pamplona, 1967 y Aristóteles C. F. Post. Anal. I, 2, 72 a 14 –20 y 13, 78b 35-39.

⁷ S TH. 1 Q1 a 2c.

⁸ S.TH.1 Q1 a 2 c.

⁹ S.TH 1ª P Q1 a 8 a 2

¹⁰ Ibid a.5 ad 2

De modo que éste es el punto donde quería llegar: la fe y la razón, esto es, el conocimiento que nos revela Dios y el conocimiento que elaboramos los hombres con nuestro intelecto contemplando la realidad, no se interfieren sino que viven en el alma del cristiano en una armónica existencia, iluminando nuestro peregrinaje en este mundo.

Llegados a esta altura de los conocimientos hay que recordar nuevamente, para precisar mejor la virtud intelectual de la sabiduría, que ella constituye el punto más alto de la vida cultural humana y que toca nuestra relación con Dios de modo decisivo. La **sabiduría**, entonces, se presenta bajo tres formas:

1. *La Filosofía o ciencia de los primeros principios y razones primeras de toda la realidad investigada por la luz natural de la razón. Esta incluye a la teología natural o ciencia de Dios como primera causa del universo.*
2. *La Teología Sagrada o Ciencia de Dios bajo la razón de Deidad, que procede bajo la luz de la fe en Dios que revela.*
3. *Don del Espíritu Santo de Sabiduría –Ciencia (de Dios para salvarnos) y entendimiento o intelecto- (de nuestra fe).*

No viene mal recordar que una razón concebida como enseña el Angélico Doctor y, sobre todo, la Doctrina de la Iglesia Católica, es la inteligencia humana puesta al servicio de Cristo Rey. Armonía entre fe y razón, así como entre naturaleza y gracia que en su nivel más alto es una síntesis perfecta que se encuentra plena y existencialmente realizada en la Encarnación del Verbo Divino, en Nuestro Señor Jesucristo, que es el Ejemplar que hemos de ver como modelo a seguir en nuestra solución personal que asumimos en nuestra vida cristiana.

Este conflicto a resolver encuentra los principios de solución en la doctrina expuesta y tiene por modelo al Verbo Encarnado, pero estará presente en cada existencia cristiana mientras dure el mundo, pues los vaivenes del conocimiento humano, científico y filosófico, presentan una permanente búsqueda de respuesta personal ineludible porque afecta a las relaciones con el Absoluto, con Dios mismo, de Quien depende nuestro destino eterno.

Porque la sabiduría, como obra cumbre de la razón humana para el crecimiento armónico de la cultura, debe estar iluminada por la fe para poder alcanza de ese modo la Sabiduría Plena de la Teología Sagrada que, como ciencia que participa de la ciencia de Dios y de los Bienaventurados, es la verdadera piedra angular de la doctrina cristiana y de la cristiandad como modelo de cultura para todos los tiempos.

Dentro de este concepto que hemos desarrollado, y que no es otro que la acción de cultura católica, podemos entender que las culturas diversas que ha desarrollado el hombre en las distintas épocas, no son todas equivalentes ni tampoco relativas, sino que es posible esta-

blecer un juicio de valor entre las mismas que se desprende del mismo orden sapiencial en que se mueve el cristiano y que le compete a todo hombre.

En efecto, una cultura es tanto más perfecta cuanto más en acto está, es decir cuando más se acerca a la plenitud de su propia naturaleza, de modo que cuanto mas plenamente realiza este orden sapiencial será más y mejor. Pero eso se logra cuando la más alta sabiduría humana se acerca más al primer principio de la realidad, y eso se alcanza de un modo absoluto cuando está coronada por la Teología Sagrada, que es verdadera participación de la misma ciencia de Dios.

Este es un elemento decisivo para mostrar al no creyente la vocación necesaria y la misión que tiene la Iglesia Católica respecto de los pueblos no creyentes, como depositaria de la Revelación del Verbo Divino, es decir de la misma Sabiduría de Dios.

Dr. Guillermo Alberto Romero

Aspectos filosóficos de la armonía de fe y razón.

En el presente estudio se busca analizar cómo armonizar las relaciones entre fe y razón, filosofía y teología, tratando primero de entender la naturaleza de estas dos ciencias y la causa de los frecuentes conflictos que se han producido a lo largo de la historia. Ambas, la filosofía y la teología sagrada son sabidurías y tratan cada una en su ámbito de dar una respuesta absoluta a los interrogantes de la existencia y a las preguntas últimas que se realiza el hombre. Cuando se confunden los ámbitos de competencia y las perspectivas intencionales de estos diversos géneros de conocimiento, surge el conflicto con el perjuicio consiguiente para el hombre y su cultura. La armonía perfecta entre fe y razón, filosofía y teología, naturaleza y gracia, tienen su realización actual perfecta en la Encarnación del Verbo de Dios, en el cual, según expresión feliz de Santo Tomás de Aquino, se encuentra la Sabiduría de Dios escrita en la Naturaleza humana de Cristo y, por eso, en la armónica subsistencia de la naturaleza humana y la divina en Cristo se encuentra el ejemplar de esta armonía de fe y razón para los hombres de todos los tiempos.

Guillermo Alberto Romero

Médico especialista en Cardiología, Medicina interna, Medicina Legal. Miembro de la Comisión Directiva de la Sociedad Tomista Argentina. Presidente del Comité de Bioética del Hospital Tornú. Miembro titular del Consejo Académico de Ética en Medicina de la Academia Nacional de Medicina. Expositor en las Semanas Tomistas de la S.T.A. desde el año 1995 hasta el presente año. Director del Curso de Ética biomédica en CIES, año 2000. Autor de artículos sobre Filosofía de la naturaleza, Antropología filosófica, Metafísica, Bioética. Coautor del Libro del Cincuentenario de la S.T.A.

Dirección electrónica: guillermoromero@fibertel.com.ar